

La historia de Kalidas

Por Julien Elfer

Hace muchos siglos, a las afueras de un pequeño pueblo cerca de Ujjain, en lo que es hoy en día el estado indio de Madhya Pradesh, vivía un niño huérfano conocido simplemente como Das. Al haber sido acogido a corta edad por un anciano y benévolo pastor de cabras, el niño aprendió las costumbres de las cabras y con el tiempo asumió él mismo el cuidado del rebaño. Creció hasta convertirse en un joven de impresionante belleza, quien era adorado por los aldeanos por sus acciones y manera de hablar, sencillas e inocentes. Les atraía en especial la pureza de su corazón, tan evidente por la forma en que colmaba de amor a sus cabras y por la encantadora dulzura de su voz al cantar.

En aquella época, el gobernante de esa tierra era el rey Vikramaditya. Su única hija, la princesa Vidyottama. Famosa por su gran hermosura y aguda inteligencia, Vidyottama se había vuelto orgullosa y altanera, y proclamaba que nunca se casaría con un hombre que no fuera su igual en inteligencia.

Una y otra vez, el rey le suplicó que se casara con su compañero de infancia, el brillante erudito y noble primer ministro, Vararuchi, quien amaba a la princesa con una pasión no correspondida. Pero cada vez que el rey hacía esta solicitud, la princesa se negaba.

Finalmente, ante su insistencia, el rey Vikramaditya acordó un plan para encontrar un pretendiente adecuado. Organizó numerosos debates públicos entre la princesa y potenciales esposos. Cada uno de estos debates terminó inevitablemente con la princesa victoriosa, y los contendientes decepcionados alejándose con la cabeza inclinada hacia abajo.

Con todo esto, Vararuchi no pudo encontrar un bálsamo para el dolor del rechazo que envenenaba su corazón. Una noche sin luna, juntó sus pertenencias

y se escabulló del palacio. Caminó durante semanas, intentando olvidarse de la enfermedad que lo sobrecogía. Vagó sin rumbo, durmiendo donde fuera que cayera exhausto.

Una mañana muy temprano, le despertó un extraño sonido áspero en el cielo, justo encima de su cabeza. Levantó la vista y, atónito, vio a un joven que estaba sentado a horcajadas sobre una rama cortándola con exuberante deleite. Sólo que estaba cortando la rama justo en la unión con el tronco y era seguro que caería y se rompería el cuello.

¡Eh, tonto! Vararuchi gritó. — ¿Qué estás haciendo? ¡Te vas a matar!

El joven volteó a verlo sorprendido por la interrupción, y esbozó una enorme sonrisa. — ¡Es para las cabras! — dijo con sencillez, al parecer inconsciente del peligro.

¡No! Quiero decir que... — empezó a explicar Vararuchi, pero era demasiado tarde. Con un movimiento final de la sierra, la rama cedió y el pastor cayó al suelo. Al instante siguiente estaba ya de pie, ondeando la rama como un trofeo y riendo.

¡Para las cabras! — repitió, con la misma euforia de antes.

Vararuchi lo miraba atónito. Estaba a punto de regañar al hombre por su estupidez, pero había algo en esos ojos grandes y luminosos, un sentido del humor y una sensibilidad que lo desarmaron.

En un instante, Vararuchi quedó poseído por un plan tan perfecto que echó a reír y palmeó al hombre en la espalda.

— ¿Cómo te llamas?

— Das, Señor.

—¡Espléndido, Das! Tu rey ordena que te presentes en la corte.

El pastor miró a su alrededor con ansiedad y se rascó el pecho.

Pero las cabras... —dijo lamentándose.

Vararuchi agitó las manos con despreocupación y empujó a Das hacia el camino.

—Haz exactamente lo que te diga y todo irá bien para ti y tus cabras.

En el transcurso de tres días, ciudadanos de todas partes acudieron y abarrotaron la gran sala del palacio, pues Vararuchi había enviado heraldos por todo el reino anunciando la llegada de un erudito misterioso y sin igual que estaba dispuesto a desafiar a la princesa. Poco se sabía de sus orígenes, aunque las historias rumoreaban que era un prodigio; que había crecido con el desencanto del conocimiento convencional; y que, retirándose a los Himalaya, había alcanzado el poder del silencio profundo. Por lo tanto, debatiría con la princesa sólo en un silencio absoluto e inviolable. Si era absolutamente necesario, tal vez él gesticularía para presentar algún argumento.

Un silencio envolvió a la multitud cuando Das entró al palacio. Con una mirada profundamente fija, la princesa permanecía al fondo de la sala estudiando a su oponente. Vararuchi había engalanado a Das como un rajá, un gobernante. El pastor de cabras vestía una chaqueta bordada que le llegaba hasta los tobillos, zapatillas cubiertas de joyas, y un turbante de la más fina seda púrpura. Había recibido órdenes de no emitir, bajo ninguna circunstancia, ni una sola palabra durante el debate, simplemente tenía que seguir la corriente a cualquier cosa que surgiera sin preocuparse por el resultado. Para el final del día, él formaría parte de la realeza y le ofrecerían un banquete de una magnitud que nunca habría siquiera imaginado. Así que ahí estaba Das en el centro de la sala, de pie con un asombro y curiosidad naturales, relajado y listo.

La princesa se le acercó, tomando nota de cada detalle con su mirada sagaz. Tras una pausa considerable, solo levantó un dedo. Das respondió con dos dedos.

Parecía que la princesa esperaba justo esa respuesta pues respondió rápidamente levantando tres dedos. Das hizo una pausa pensativa, colocando una mano sobre su boca y suspirando levemente. Se encogió de hombros y levantó cuatro dedos. Ante ello y en ademán triunfante, la princesa levantó todos los dedos de su mano derecha, segura de su victoria. Pero Das cruzó los brazos sobre el pecho y sacudió la cabeza con furia. Mirando de frente a la princesa, llevó súbitamente un puño de la mano derecha sobre la palma de la mano izquierda y luego sacudió los brazos con desprecio. La princesa cobró un aspecto pálido y de derrota. Después de lo que pareció una eternidad, ella dijo con suavidad:

—Acepto. En verdad eres el erudito más grande que conozco.

La asamblea estalló en vítores. Mientras el rey Vikramaditya enjugaba lágrimas de alivio, Vararuchi sonreía con una profunda y cínica satisfacción.

Ahora bien, en la mente de la princesa el debate se había desarrollado de la manera siguiente: Con un dedo, ella había afirmado que la Verdad es una e indivisible. Al levantar sus dos dedos, el apuesto sabio le había pedido que tuviera en cuenta la dualidad, con lo que ella había proclamado las tres *gunas*. Con seguridad, él había contestado levantando cuatro dedos, con el significado de la sabiduría eterna y los cuatro vedas. No sin una buena dosis de autocongratulación, ella levantó la mano completa contraatacando con las cinco capas que oscurecen al Ser. Pero entonces, con inigualable convicción, este sabio había colocado su puño sobre su palma abierta, declarando ante la vista de todos que sólo cuando la mente y el ego de esta princesa aceptaran por fin su impotencia, ella se rendiría y se daría cuenta de la Verdad. En ese momento, ella sintió su mirada tan pura y penetrante, que su propio corazón la venció. Simplemente no podía negar esta magistral victoria espiritual.

Por su parte, Das tan solo estaba siguiendo el plan y anticipando con ansia el banquete que seguiría. Así que cuando la princesa levantó un dedo, Das pensó que estaba diciendo que el premio del debate sería un solo *roti*, ¡su pan preferido!... Esto le pareció algo avaro considerando las molestias por las que

había pasado. Y no le importaba regatear un poco puesto que estaba cansado y hambriento, y había hecho todo lo que le habían pedido. Dijo que le parecían bien dos. El juego había proseguido... pero cuando la princesa sugirió cinco rotis... Bueno, eso era francamente descortés y voraz, y cualquiera que se atiborrara así merecería un buen regaño y que lo echarán.

La boda se llevó a cabo con una suntuosidad nunca antes vista por los ciudadanos de la capital. Sin embargo, la princesa Vidyottama no tardó mucho en descubrir el engaño. Cuando por fin estuvo a solas con el novio, se dio cuenta de que este coloso intelectual pasaba su tiempo retozando por los jardines del palacio, colgándose de los árboles como un niño, y cantando para sí mismo. Cada uno de sus intentos por establecer una conversación inteligente con él se topaba con una risa desconcertante.

Fue dolorosamente evidente que Vararuchi le había endilgado astutamente a un tonto en venganza por su indiferencia ante su amor. Y, aunque sentía un afecto genuino y cálido por este hermoso joven que hablaba con tanto amor y entusiasmo sobre su vida con sus cabras, su orgullo había recibido una herida demasiado profunda. Cuando ya no pudo contener la ira que hervía en su interior, se plantó frente a Das y le reveló todos los detalles de la estrategia de venganza de Vararuchi. Con un dejo de arrepentimiento, vio cómo Das luchaba por entender lo que le estaba diciendo. Finalmente, sus hombros cayeron y una pálida desesperanza se apoderó de su rostro. Para la mañana él se había marchado.

Das huyó hacia la noche con las duras palabras que la princesa había pronunciado reverberando dentro de él. Había sido, hasta apenas unas cuantas horas, Das el pastor de cabras en una aventura extraña y divertida. Pero ahora entendía que lo habían engañado cruelmente y tomado por un tonto. Era un extraño en esta tierra, causando lástima y siendo burlado. Das, en su inocencia y bondad, no podía comprender por qué alguien podía ser tan malvado.

Cuando los árboles empezaron a proyectar sombras sobre la pálida luz del amanecer, la suave llovizna que había persistido por un buen rato se hizo más

densa. Entre los campos, un poco más lejos, avistó un templo de la Devi, sólido, solitario y acogedor. Quizá la diosa se apiadaría de él. En el interior fresco y cavernoso, una sola lámpara de *ghee* titilaba en el altar. Todo estaba quieto y en paz. Permaneció de pie un momento, escuchando el silencio que lo envolvía. Tomó una inhalación profunda, se postró y lloró. Su confusión y su revolución interior se reunieron en una sola plegaria a la diosa que emergió de su corazón: “¡Oh, Madre! ¿Quién soy?”

El templo donde Das se refugió estaba consagrado a la Diosa Kali. La diosa había estado caminando, como era su costumbre, en las horas que precedían al amanecer cuando no había nadie cerca. Pero ahora, la lluvia la había traído antes de regreso a casa. A su regreso, al tratar de abrir la puerta, se dio cuenta de que estaba cerrada por dentro.

— ¿Quién está ahí? — gritó.

Se oyó que algo se arrastraba y un ruido sordo en el interior, luego todo quedó en silencio de nuevo.

¿Hola? — Volvió a llamar. Todo estaba en silencio. Luego tocó tres veces y con una voz poderosa que resonó en la quietud del amanecer, dijo con firmeza: ¡Abre la puerta!

Esta vez la respuesta fue inequívoca.

— ¡Vete! ¡Por favor! ¡Déjame solo!

Shri Kali reconoció esa voz. La había escuchado antes. Ella se dio cuenta de que, bajo el miedo y la confusión, estaba la devoción firme y el anhelo puro de un devoto que en vidas pasadas había ofrecido una profunda adoración y largos años de servicio. La diosa sabía que el destino y el gran mérito habían orquestado este encuentro.

¡Ah! — Murmuró Kali suavemente — así que has venido.

: Déjame ver tu rostro —dijo inclinándose hacia la puerta.

Ella podía sentir algo de agitación detrás de la puerta y dijo suavemente:
Muéstrale tu lengua a Kali.

En el interior, Das se sintió obligado a responder a sus palabras. Con cautela, abrió la puerta y metió la lengua por la apertura. Con infinito cuidado y compasión, la Diosa Kali extendió un dedo y trazó un mantra sobre su lengua.

En ese momento, fue para Das como si ella le hubiera puesto en la boca un carbón centelleante. Estaba transfigurado de asombro. Destellos de memoria surgieron en una profusión onírica: un recorrido inimaginablemente vasto se mostraba tras él. Había conocido la pobreza y la abundancia, la oscuridad y la fama y, sin embargo, vida tras vida había tomado refugio en la Devi y la había servido con un corazón puro. La inmensa *tapasya* de incontables vidas se desplegó en un instante ante sus ojos interiores.

Empezó a transpirar a medida que observaba cómo la luz iba — más rápida que su aliento— de su boca hacia su garganta, su corazón, su vientre. Sentía un incontenible deseo de hablar, o de cantar, no podía decir cuál de los dos. Solo sabía que, si empezaba, no habría final. Con una claridad abrasadora, vio la inspiración divina que irradiaba desde adentro en forma de sonidos, las letras sánscritas, palabras como imágenes que bailaban con tanto éxtasis desde esa bola de luz. Era eso, lo que veía, lo que le daba poder a la vida. Era la diosa cantando desde dentro de él. No tenía comparación con nada.

Abrió los ojos para dejar salir las lágrimas y encontró a la Diosa Kali de pie frente a él. Ella brillaba con ese mismo fulgor divino, y su rostro resplandecía de compasión. Su risa parecía surgir de todas partes. — ¡Ah! —suspiró ella —
¡Kalidas!

Y así fue así como el joven pastor de cabras, sin haber sido instruido en las palabras pero de corazón puro, recibió iniciación por la gracia divina de la

diosa. Y en los años posteriores escuchó con atención enfocada y creciente fascinación cómo el mantra se repetía por sí mismo y se profundizaba en su interior. Noche y día, solo o acompañado, su mente permanecía absorta en esa sublime vibración. Lo que yacía en silencio en su interior, ahora había encontrado voz. Y esta voz llevaría a Kalidas a convertirse en poeta, dramaturgo, brillante consejero real, y en uno de los poetas extáticos de la India más reconocidos de todos los tiempos, lo que le valió el epíteto de “Mahakavi, el Gran Poeta”.

